



WHY DO CATHOLICS DO THAT?

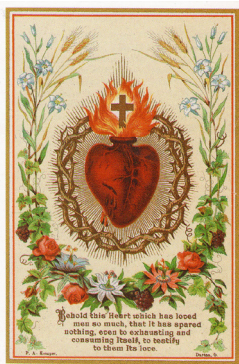
- Father Jacob Maurer

Blest be God the Father, and the Only Begotten Son of God, and also the Holy Spirit, for he has shown us his merciful love.

“I found delight in the human race” (Proverbs 8:31)

The final words of today’s first reading illuminates a profound reality: God loves us. Catholics of long experience may recall the answer to the Baltimore Catechism question about why God made us: to know Him, to love Him, and to serve Him in this world, and to be happy with Him forever in heaven. That is certainly true! But pull back a moment and think about God’s purpose from His point of view.

God created us so that He could love us.



This is the height of what Saint Francis de Sales calls ‘disinterested love’. Though perhaps odd to the modern ear, this is actually the highest form of love. Rather than acting out of need to receive something (care, validation, even love in return) disinterested love acts without any self-interest at all:

purely for the other.

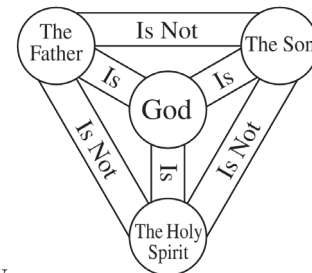
This perfect love is the love shared between the Persons of the Trinity for all eternity. So great is the love of Father, Son, and Holy Spirit that God desired to share it with us - from even before we were created! What a great and glorious gift we have in the Lord. May we respond in kind, loving God and each other.

This last week was Father Ed’s 20th anniversary (June 11, 2005) and my 16th anniversary (June 13, 2009) of ordination to the priesthood. Thank you for your well-wishes and prayers as we begin a new year of ministry.



It is a privilege and a joy to be your pastor; I love being a priest and am delighted to be here with you all on the Olympic Peninsula. May God bless us all as we continue forward!

Though Easter has come to a close, the Church still has some neat celebrations in store! This Sunday we celebrate the Solemnity of the Most Holy Trinity - especially fitting so soon after the descent of the Holy Spirit, as promised by the Lord, upon the Apostles.

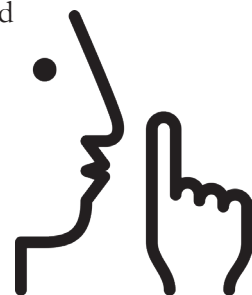


Though the mystery of the Trinity is difficult to articulate, it permeates so much of our faith. Consider, for example, how often we simply name ‘Father, Son, and Holy Spirit’ in our personal and liturgical prayer - every sign of the cross, every opening & closing prayer, and so much in between. Let us call on each Person of God, that even as we grow into the unique individuals He created us to be, we may share in the unity of the Trinity as fellow Christians with and in the Lord!

With warmer weather upon us, we have the happy circumstance of more folks sticking around to catch up, chat, and otherwise socialize after Mass. This is, to my mind, a wonderful thing! I am a firm believer that after the celebration of the Mass, the second most important part of any church community is the social hour (ideally with coffee, [real!] creamer, and donuts!).

A pitfall of this circumstance is the temptation to simply socialize within the church immediately after Mass....sometimes even before the recessional hymn concludes. As you might imagine, this is extraordinarily disruptive to those desiring to pray - and rather disrespectful to the Lord and others, if inadvertently so.

Please DO (!) take time after Mass to enjoy each other’s company, but please first quietly depart so as to preserve the purpose of our church as a place of prayer.





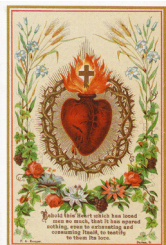
¿POR QUÉ LOS CATÓLICOS HACEN ESO?

- Padre Jacob Maurer

Bendito sea Dios Padre, y su Hijo Unigénito, y el Espíritu Santo, porque ha tenido misericordia de nosotros.

“Me deleité en la raza humana” (Proverbios 8:31)

Las últimas palabras de la primera lectura de hoy iluminan una profunda realidad: Dios nos ama. Los católicos con amplia experiencia recordarán la respuesta a la pregunta del Catecismo de Baltimore sobre por qué Dios nos creó: para conocerlo, amarlo y servirlo en este mundo, y ser felices con Él para siempre en el cielo. ¡Es cierto! Pero detengámonos un momento y pensemos en el propósito de Dios desde su perspectiva.



Dios nos creó para poder amarnos.

Esta es la culminación de lo que san Francisco de Sales llama “amor desinteresado”. Aunque quizás resulte extraño para el oído moderno, esta es en realidad la forma más alta de amor. En lugar de actuar por la necesidad de recibir algo (cuidado, validación, incluso amor a cambio), este amor actúa sin ningún interés propio: se entrega exclusivamente al otro.

Este amor perfecto es el amor compartido entre las Personas de la Trinidad por toda la eternidad. Tan grande es el amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo que Dios quiso compartirlo con nosotros, ¡incluso antes de nuestra creación! ¡Qué don tan grande y glorioso tenemos en el Señor! Que podamos corresponder con bondad y amor a Dios y a los demás.

La semana pasada se cumplió el 20.º aniversario del Padre Ed (11 de junio de 2005) y mi 16.º aniversario (13 de junio de 2009) de mi ordenación sacerdotal. Gracias por sus buenos deseos y oraciones al comenzar un nuevo año de ministerio. Es un privilegio y una alegría ser su párroco; me encanta ser sacerdote y estoy encantado de estar aquí con todos ustedes en la Península Olímpica.



¡Que Dios nos bendiga a todos en nuestro camino hacia el futuro!

Aunque la Pascua ha llegado a su fin, ¡la Iglesia aún nos espera con grandes celebraciones! Este domingo celebramos la Solemnidad de la Santísima Trinidad, especialmente apropiada tan pronto después de la venida del Espíritu Santo, según la promesa del Señor, sobre los Apóstoles.



Aunque el misterio de la Trinidad es difícil de expresar, impregna gran parte de nuestra fe. Consideremos, por ejemplo, cuántas veces simplemente nombramos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo en nuestra oración personal y litúrgica: en cada señal de la cruz, en cada oración inicial y final, y en tantas otras. Invoquemos a cada Persona de Dios para que, a medida que nos convertimos en los individuos únicos que Él nos creó para ser, podamos compartir la unidad de la Trinidad como hermanos cristianos con y en el Señor.

Con la llegada del buen tiempo, tenemos la grata suerte de que más gente se quede para charlar, ponerse al día y socializar después de la misa. ¡Esto es, en mi opinión, algo maravilloso! Creo firmemente que, después de la celebración de la misa, el segundo momento más importante de cualquier comunidad eclesial es la hora de socializar (idealmente con café, crema [¡de verdad!] y donas).

Un inconveniente de esta circunstancia es la tentación de socializar dentro de la iglesia después de la misa... a veces incluso antes de que termine el himno de salida. Como se imaginarán, esto es extremadamente molesto para quienes desean orar, y bastante irrespetuoso para el Señor si se hace sin querer.

Por favor, ¡tómense un tiempo después de la misa para disfrutar de la compañía mutua, pero primero, por favor, retírense en silencio para preservar el propósito de nuestra iglesia como un lugar de oración.

